

Una mirada ética al caso Lance Armstrong

Mariana Anzorena Lozoya

RESUMEN

113

Este ensayo habla sobre por qué y para qué Lance Armstrong, como deportista de alto rendimiento, se dopa en el contexto actual de hipermedicación, control social del cuerpo y construcción mediática de héroes. Para desarrollar estos puntos me apoyé en ideas expuestas por autores como Gilles Lipovetsky, Michel Foucault y Judith Butler. Analicé a Armstrong desde el hiperindividualismo del neoconsumidor planteado por Lipovetsky. También lo miré bajo la lupa del postestructuralismo del que habla la filósofa Judith Butler, donde el cuerpo del individuo se ve definido por una demanda social, o bien, como ha expuesto Foucault, el cuerpo humano ocupado directamente por el poder.

Palabras clave: Dopaje, Cuerpo, Armstrong, Competencia, Trampa.

ABSTRACT

This essay explains why and what was the intention of Lance Armstrong, as a high performance athlete, for the use of drugs in the actual context of hyper medication, social control of the body and media construction of heroes. To develop these points, I used ideas exposed by authors like Gilles Lipovetsky, Michel Foucault and Judith Butler. I analyzed Armstrong from the hyper individualism of the neo consumerism raised by Lipovetsky. I also saw it from the point of view of the post structuralism in Judith Butler's philosophy, where she says that the body is defined by a social demand or, as Foucault has said, the human body is directly occupied by the power.

Keywords: Doping, Body, Armstrong, Competition, Cheating.

“**M**e dopé por arrogancia y por mi insaciable instinto de victoria”, le dijo el ex ciclista a Oprah Winfrey el 17 de enero de 2013 en una contundente entrevista que cambió para siempre la visión que se tenía sobre este atleta y, quizá también, la imagen global sobre el deporte competitivo en su totalidad.

UN BUEN ATLETA

114

El joven Lance Armstrong era un buen atleta. A los 20 años formó parte del equipo de ciclismo de ruta de Estados Unidos que compitió en las olimpiadas de Barcelona 92. Un año después estaba ganando el campeonato mundial de ruta y ya era capaz de llevarse alguna etapa de La Tour de Francia, la competencia más importante del mundo del ciclismo. Pero entre ser un buen atleta y llegar a ser el mejor ciclista del mundo pasaron varias cosas. Dos fueron las principales: comenzó a doparse y enfermó de cáncer. En sus palabras: “cuando enfermé tomé la actitud de curarme a todo costo. Eso lo llevé al ciclismo; ganar a costa de lo que fuera. Y eso era malo” (Winfrey, 2013). Hoy es imposible saber hasta dónde habría llegado sin hacer trampa. “El problema consiste en decidir cuánto del éxito de estos atletas recae en su poder y dedicación personal y cuánto crédito debe dársele a los diseñadores e ingenieros”, escribió el divulgador de ciencia Pete Moore (2008) quien ha investigado ampliamente el caso de Oscar Pistorius, el deportista sudafricano a quien se le permitió competir en las más recientes olimpiadas —Londres 2012—, corriendo con dos prótesis de fibra de vidrio que remplazaban la tibia, el peroné y los pies de ambas piernas. En cambio, otros agentes externos, como la transfusión de la propia sangre tratada para mejorar la oxigenación, no es algo permitido por Comité Olímpico Internacional. Ni hablar de hormonas y esteroides. La polémica es enorme, del mismo tamaño que la disertación ética.

Conmovió al mundo la historia del buen ciclista que superó el cáncer testicular para convertirse en el mejor atleta de esa disciplina. Diagnosticado con la enfermedad a finales de 1996, Armstrong estaba

completamente curado y entrenando a plenitud para enero de 1998. Después hizo lo que nadie: ganar siete veces consecutivas (1999-2005) la más competitiva de las pruebas del ciclismo de ruta, la legendaria Tour de Francia que termina con la simbólica escena de los competidores cruzando el Arco del Triunfo que instaló Napoleón tras su victoria en Austerlitz. Curiosamente, para Napoleón el triunfo también era un objetivo a conseguirse a costa de lo que fuera.

Lance supo capitalizar sus triunfos y lo emotivo de su historia de superación del cáncer. Millones de personas alrededor del mundo compraron y portaron las pulseras de plástico amarillo que llevaban el nombre de su fundación para apoyar a otros enfermos de cáncer: Livestrong. De 2004 —año en que salieron a la venta— a la fecha, se han vendido más de 80 millones de esos brazaletes. Además, muchas marcas lo tomaron en patrocinio aprovechando su imagen. La marca deportiva Nike sacó toda una línea dedicada a él y su fundación. Su libro, *Mi vuelta a la vida* (Armstrong y Jenkins, 2000), vendió cientos de miles de copias y sirvió de inspiración a muchos de sus lectores. Para el 2009, nueve años después de su primera edición, su publicación se encontraba en el cuarto lugar entre los libros deportivos más vendidos.

115

Ante los señalamientos por dopaje, Lance Armstrong reaccionaba enfurecido: “estoy harto de las acusaciones” y “lamento que no crean en milagros” son algunas de las frases que con seguridad soltó frente a los micrófonos. Arremetía contra sus acusadores llamándolos mentirosos, envidiosos y demás adjetivos descalificativos. Rayando en la retórica, más que afirmar no haberse dopado, solía decir que él nunca había dado positivo en exámenes de dopaje. Y no faltaba a la verdad, en la entrevista con Oprah Winfrey (2013) confirmó el dato explicando que el dopaje se daba de manera calendarizada para poder llegar “limpio” a las pruebas. Además, en sus primeros triunfos en La Tour aún no se realizaban análisis que arrojaran información sobre el uso de eritropoyetina (EPO), una hormona que ayuda al rendimiento aeróbico. El coctel de Armstrong, como él mismo lo llamó, consistía en EPO, transfusiones de sangre previamente oxigenada y testosterona.

AL BORDE DE LA VERDAD

116

En la entrevista con Winfrey (2013), llama la atención que Armstrong le asegurara que no se sentía mal de saber que se dopaba. También respondió que al momento de hacerlo no sentía que estaba engañando o haciendo trampa. Y agregó “aunque eran sustancias prohibidas, no sentía que sacaba ventaja”. En otro momento de la conversación, el ex ciclista comparó la necesidad de doparse para competir con la de llenar las botellas con agua para hidratarse o las llantas con aire para rodar. En el ciclismo de ruta, el dopaje se habría convertido en parte de una cultura. La carrera por desarrollar nuevas sustancias no detectables pelea en una guerra fría con los nuevos exámenes antidopaje capaces de encontrar sustancias de reciente salida. La trampa se habría convertido en parte del juego.

Sin embargo, la cultura de la apariencia no apareció con Lance. Tampoco es sólo parte del ciclismo. Lipovetsky describe al ciudadano contemporáneo como una especie de Prometeo encadenado a iniciativas muy limitadas por las normas y por el aparato médico. En ese contexto “es la maquinaria tecnocientífica la que tiene las cartas en la mano y la que conduce las operaciones, ‘excluyendo’ de ellas en buena medida al sujeto” (Lipovetsky, 2010, p. 50). Esto es algo que Armstrong parece saber cuando en la ya famosa entrevista le dice a su interlocutora “yo no inventé esta cultura”, en referencia al espacio donde intervenir el cuerpo con sustancias es algo tácitamente permitido en la escalada del desarrollo científico y médico por ganar. ¿Ganar qué? Habría que preguntarse entonces. El que gana con trampa, por más generalizada que ésta sea, ¿gana de verdad?

El neoconsumidor que plantea Lipovetsky en *La felicidad paradójica*, es hiperindividualista, como Armstrong. Se trata de sujetos capaces de intervenir por adelantado en su cuerpo para así anticiparse al futuro. Pero ese cuerpo cada vez les pertenece menos, “El individuo deseoso de dirigir o rectificar a su gusto su interioridad se transforma en individuo ‘dependiente’: cuanto más reclama la plena potestad sobre su vida, más se despliegan formas nuevas de someterlo” (Lipovetsky, 2010, p. 51). Así

aparece el ex ciclista cuando le confiesa a Oprah que “detrás de él había un tirón (algo que lo jalaba): los fans, los medios, una historia que seguía”. Al decir esto, el deportista aparece como alguien que no era del todo dueño de sí mismo. Quizá sin quererlo, Armstrong suena postestructuralista; su cuerpo definido en una demanda social. Judith Butler explica: “No es posible definir primero la ontología del cuerpo y referirnos después a las significaciones sociales que asume el cuerpo [...] ser un cuerpo es estar expuesto a un modelado y a una forma de carácter social, y esto es lo que hace que la ontología del cuerpo sea una ontología social” (2010, p. 15).

El contexto histórico y el entorno de desarrollo médico-científico-tecnológico en el que se encontraba el ciclista, hace que su situación suene a una inercia incontrolable que lo tenía tomado. En nuestro tiempo no sólo se ha medicalizado el deporte (British Medical Association, 2002, p. 78), la sociedad en su totalidad ha entrado en esa dinámica. “El *Homo consumericus* camina cada vez más aprisa hacia el *Homo sanitas*: consultas, fármacos, análisis, tratamientos, todos estos consumos dan lugar a un proceso acelerado que no parece tener fin” (Lipovetsky, 2010, p. 48). Podría resultar ejemplar para este caso aquella cita de Ortega y Gasset: “yo soy yo y mi circunstancia”. Sin embargo, tras la declaración de que detrás de él había “un tirón”, Armstrong añadió: “lo controlaba todo en mi vida”. La ilusión de control de quién a su vez está bajo un dominio. “No buscamos ya la solución a nuestros males en nuestros recursos interiores, sino en la acción de tecnologías moleculares que, además, tienen efecto adictivo” (Lipovetsky, 2010, p. 50). Probablemente no exista mejor ejemplo de acción de una tecnología molecular que las drogas de diseño; en este caso las usadas para mejorar el rendimiento físico.

La frase entera de Lance Armstrong completa también la del filósofo español Ortega y Gasset. El ciclista: “yo no inventé esta cultura pero tampoco intenté detenerla. Ese fue mi error y es por lo que me arrepiento”. El filósofo: “yo soy yo y mi circunstancia y si no la salvo a ella no me salvo yo”. El siete veces ganador de La Tour no pudo salvar su circunstancia, pero quizá el ser humano está comenzando a hacerlo al responsabilizarse por el engaño y la trampa.

EL CUERPO EXPROPIADO

118

El tratamiento del cuerpo como una posesión que puede corregirse o modificarse según la voluntad del individuo es propio de las últimas décadas. Las medallas olímpicas conseguidas con el apoyo del dopaje tienen una narrativa similar a los títulos de belleza que se obtienen con la ayuda de cirugías que estilizan los cuerpos. En ambos casos a pesar de los daños colaterales que puedan implicar al propio organismo. En las dos instancias se va más allá de la prohibición por el reglamento de la competencia. El honor por detrás de la fama, el dinero y los récords. Esto representa, sin duda, un problema ético que Judith Butler invita a reconocer y a preguntarnos, “qué hay que guardar contra la lesión y la violencia” (2010, p. 16), porque si pesa estar haciendo trampa al romper un reglamento, debería pesar aún más saber que se le está haciendo daño a la instancia corpórea del ser. En una importante cantidad de los casos no se conocen completamente los efectos secundarios y a largo plazo de las sustancias empleadas en el dopaje. El propio Armstrong, a pregunta expresa de Winfrey, declara no estar seguro de si las sustancias con las que se dopó, antes del cáncer que padeció, pudieran haber sido factor para enfermar.

Durante la Segunda Guerra Mundial, las potencias dedicaron importantes esfuerzos en el estudio de sustancias que mejoraran el rendimiento de sus soldados. Una vez terminada la guerra continuó el desarrollo de drogas. Al periodo entre 1950 y 1960 se le conoce como la revolución farmacológica. El uso extendido de dopaje comenzó en la década de 1970 en la Alemania del Este —República Democrática Alemana (RDA)—. Querían demostrar su superioridad respecto de la otra Alemania, la capitalista. Los atletas de la RDA tuvieron maravillosos resultados en la olimpiada de Montreal 1976. Tras la caída del muro, muchos deportistas confesaron haber sido sometidos a inyecciones desde la adolescencia. Algunos pensaban que simplemente les eran administradas vitaminas. El *coach* de atletismo femenino, Pat Connolly, que fuera con el equipo de Estados Unidos a la olimpiada de Seúl 1988, dijo frente al Senado de su

país que calculaba que “al menos 40% de las mujeres del equipo en Seúl habían probablemente usado esteroides en algún punto de su preparación para las olimpiadas” (British Medical Association, 2002, p. 6). De nuevo: un cuerpo desposeído y tomado por otros. “El dominio, la conciencia de su cuerpo no han podido ser adquiridos más que por el efecto de la ocupación del cuerpo por el poder: la gimnasia, los ejercicios, el desarrollo muscular, la desnudez, la exaltación del cuerpo bello” (Foucault, 1992, p. 121). En esta cita, a Foucault le faltaría agregar el ciclismo de ruta. En este contexto, el filósofo francés habla de una “reivindicación del cuerpo contra el poder” en donde la salud se contrapone a la economía, el placer a las normas morales de la sexualidad, del matrimonio y el pudor. ¿No es también una reivindicación, entendida como desapego a las normas que controlan el uso del cuerpo, el uso de sustancias para mejorar el rendimiento físico?

119

CONSUELO DE MUCHOS

Con el tiempo, a la lista de positivos en el dopaje se han sumado muchos, muchísimos: el velocista Ben Johnson, los jonroneros José Canseco y Mark McGwire y el futbolista Diego Armando Maradona, considerado por muchos el mejor de todos los tiempos. Estos, sólo por mencionar algunos íconos.

Desde luego que a muchos atletas el dopaje no les ha alcanzado para sobresalir, pero algunos otros les ha ganado récords, reconocimiento, dinero y otras bondades que brinda la sociedad contemporánea a sus héroes. En la entrevista que le hizo Oprah Winfrey a Armstrong, éste asegura que quizá unos cinco competidores de La Tour no se dopaban, ¡cinco! Luego añade: “ellos son los héroes”. Hermosa reflexión que está desapegada de la realidad.

El concepto del héroe va de la mano del refrán “santo que no es visto no es adorado”. En nuestro tiempo, el héroe es un ente necesariamente mediado. Sin el crisol de los medios de comunicación electrónicos,

la creación de ídolos deportivos tendría un pequeñísimo alcance y el poder no estaría tan interesado en el control de esos cuerpos. Foucault ha dicho que “desde el siglo XVIII hasta comienzos del XX se ha creído que la dominación del cuerpo por el poder debía ser pesada, maciza, constante, meticulosa” (Foucault, 1992, p. 114). Cuando un atleta entra a escena levantando la expectativa de una nueva era para su deporte o su equipo, de inmediato se convierte en un ídolo, un héroe a seguir. En los estudios recopilados por el libro *Fame to Infamy*, publicado por la Universidad de Misisipi, sus autores especulan que “estos atletas traen con ellos esperanzas y aspiraciones que sus fans adoptan rápidamente. Como tales, los atletas se convierten en parte de una fábrica de existencia cotidiana para individuos, familias, barrios y ciudades” (Ogden, Rosen y Roy, 2010, p. 3).

Gracias a los medios, Maradona sigue siendo un gran ídolo. Aún a pesar de las drogas —recreativas y de rendimiento— y otros escándalos. La construcción de su personaje ubica su consumo de sustancias en una realidad de la que él sólo es víctima. Cosa que no deja de ser cierta, al menos parcialmente. No podemos sacar a los atletas del contexto actual en el que viven, en una sociedad donde el uso de drogas, legales e ilegales, recreativas y de desempeño, está ampliamente difundido. Además, tanto Maradona como Armstrong —y varios más— pueden entenderse como *hiperconsumidores*, individuos que Gilles Lipovetsky ha delineado como interesados en “acelerar las operaciones de la vida corriente [...] prolongar la duración de la vida, corregir imperfecciones del cuerpo: en el corazón del hiperconsumidor habita una ‘voluntad de poder’ y el goce que produce ejercer cierto dominio sobre el mundo y sobre sí mismo” (2010, p. 47). Tras reconocer que se dopó durante al menos 10 años, Lance Armstrong declaró: “quería controlarlo todo, incluso el comportamiento de los demás, del resto de mi equipo”. Para ello intimidaba (*buleaba*) a sus coequiperos. “¿Por qué eras un *bully*?” le pregunta Winfrey y él responde, “Quería perpetuar esta historia” (Winfrey, 2013). Probablemente, quería seguir siendo el héroe que él y los medios habían construido con retazos de verdad sobre una tela de mentiras.

EL CINISMO Y LOS VALORES DEL CUERPO

Lance Armstrong levantó un emporio de millones de dólares entorno a su imagen de superación personal y triunfo. Hoy, admite que perdió 75 millones de dólares en patrocinios (Winfrey, 2013) cuando se supo abiertamente del dopaje que estuvo detrás de sus triunfos. Pero al mismo tiempo la fundación Livestrong, que apoya a enfermos de cáncer, salvaba o hacía más digna la vida de miles de personas. En su momento, la historia de Armstrong sirvió de inspiración a muchos. Esta es una realidad paradójica.

En su libro *La felicidad paradójica*, Lipovetsky se pregunta “¿Suprime el consumo-mundo la confianza social, el altruismo y la empatía?” (2010, p. 138). Es innegable que al conocerse la verdad sobre el dopaje de Armstrong la confianza social sobre él cayó estrepitosamente. También es cierto que al tiempo que se colgaba *jerseys* amarillos y medallas conseguidas con la ayuda de sustancias prohibidas, utilizaba su imagen para ayudar empáticamente a quienes luchaban contra el cáncer como él lo había hecho. El narcisismo de Lance Armstrong parece descomunal, pues fue capaz de permitir que su hijo de 13 años lo defendiera frente a sus compañeros por las acusaciones de dopaje que eran ciertas. Simultáneamente había en él cierta compasión y empatía. “A pesar de todas las formas de indiferencia que se detectan, nuestras sociedades propician mucho más a identificación con el otro que su destrucción” (Lipovetsky, 2010, p. 138).

121

BIBLIOGRAFÍA

- Armstrong, L. y Jenkins, S. (2000). *It's not about the bike: My Journey Back to Life*. Estados Unidos: Random House.
- British Medical Association. (2002). *Drugs in Sport: The Pressure to Perform*. Londres: BMJ Books.
- Butler, J. (2010). *Marcos de guerra. Las vidas lloradas*. Madrid: Espasa.
- Foucault, M. (1992). *Microfísica del poder*. Madrid: Ediciones de la Piqueta.

- Lipovetsky, G. (2010). *La felicidad paradójica*. Barcelona: Anagrama.
- Moore, P. (2008). *Enhancing Me: The Hope and the Hype of Human Enhancement*. Nueva Jersey: Wiley.
- Ogden, D., Rosen, J. y Roy, F. (2010). *Fame to Infamy: Race, Sport and the Fall from Grace*. Jackson, ms: University Press of Mississippi.
- Winfrey, O. (2013, 17 de enero). *Entrevista con Oprah*. [Emisión de televisión]. Estados Unidos: Oprah Winfrey Network.